



«Lo que surgió en América -el Rock & Roll- como un fenómeno puramente industrial, se convertirá en Europa en una forma de expresión de rebeldía. Los Beatles comenzaron en 1962 como adolescentes típicamente roqueros.»

LOS BEATLES

UNA HISTORIA DE AMOR CON EL FUTURO

EDUARDO HARO IBARS

LO sabe todo el mundo, y todo el mundo lo ha contado: en el mes de noviembre de 1980, un maniático, llamado Mark David Chapman, asesinaba, de un balazo, a John Lennon, líder carismático, co-fundador -con Paul McCartney; importantísimo músico, George Harrison y Ringo Starr, amén de otros que no han pasado a la historia- de un fenómeno mundial: «The Beatles». La figura de Lennon, solo, es la de un intelectual preocupado, a su manera, por los fenómenos de nuestro tiempo, de un artista; tiene, como tal, su importancia. Pero no es nada si se le compara con lo que supusieron los Beatles -ese conjunto de chicos melencólicos que convirtieron el escándalo en un medio de comunicación de masas-: nada menos que la plasmación y difusión masiva de una serie de posturas vivenciales de los años 60, nada menos que la puesta en movimiento de unas actitudes hasta entonces minoritarias o intelectualizadas, que fueron asumidas por la gran mayoría. Nada menos que la historia de una

década, la de los años 60, puesta en letra y música por el tándem Lennon & McCartney.

Lo beat; en Inglaterra, en América, en el mundo

«La sociedad occidental, a la que sigue el resto del mundo, está atormentada por una culpa indefinida, maniatada por tabúes anticuados, confundida por el mantenimiento de esos tabúes, porque no tenemos otra cosa con qué jugar.» (1)

A finales de los 50, y a principios de los 60, un fantasma recorría el mundo: el fantasma de lo beat. Lo que había nacido como una reflexión de poetas universitarios americanos -Kerouak, Ginsberg, Ferlinghetti, Corso...- sobre la poca realidad del sueño americano, de este sueño que exportan envasado los americanos, se había convertido en un fenómeno migratorio mundial: en todo el mundo conocido -esto es, el mundo occidental; no hablo de los países

socialistas, que tienen otra entidad sociológica distinta, ni del tercer mundo (así llamado por los estudiosos del tema), cuyos problemas son otros, y cuya juventud es diferente, porque pocos son los que llegan sanos y salvos a los cincuenta años de edad -se veían bandadas de jóvenes, menores de veinte años, pertrechados con sacos de dormir y mochilas pesadísimas, que buscaban raros sueños, formas de vida diferentes. Rousseauianos sin saberlo, abandonaban el confort de sus casas calentitas, de sus calles bien asfaltadas, de sus puestos de hamburguesas en la esquina, y se lanzaban a la aventura de descubrir mundos nuevos, historias diferentes. Eran los Hijos de la Bomba, los que rechazaban una cultura basada en el consumo, y en la esclavización y destrucción de todos los demás; y no encontraban solución más que en la huida, en la búsqueda de paraísos perdidos. Luego, claro, se encontraban con infiernos: iban a países complicados -Marruecos, Turquía, la misma España franquista, Grecia...- que sólo conocían de oídas, o por literatura, en busca de una vida más simple y grata que la que les ofrecía el modelo anglosajón- estos jóvenes eran, en su mayoría, americanos;

(1) Jeff Nuttall: «Las culturas de posguerra».

luego había ingleses, y nórdicos, de esos que se suicidan tanto, y se encontraban con culturas destrozadas, lugares colonizados, sistemas policiales mucho más duros que los que tenían en sus países de origen. Muchos fueron encarcelados, deportados, maltratados y violados allí donde iban; otros, hicieron negocios, se dedicaron a tráficos diversos —ropa, joyas, travellers checks, drogas...—; y los más, dieron por terminada muy pronto la aventura y se reintegraron a sus hogares y a su vida habitual, como hijos pródigos, o como quien vuelve de la guerra.

Esos jóvenes, acaso sin saberlo, estaban haciendo cultura: difundían, allá por donde iban, modos de pensar y de vivir distintos, formas de expresarse diferentes: convertían a la juventud en un ente consistente, con conciencia de sí, con cultura propia. Su vago deambular por países de los que todo lo ignoraban, enriquecía a los habitantes de esos mismos países, les ponía en contacto con otros mundos y con otras historias, creaba una red internacional de resistencia a algo que, ya entonces, empezaba a llamarse el sistema: ente todavía no dilucidado, compendio de monstruos y espectros que, no por ser desconocido y obtuso, es menos eficaz y opresivo hoy en día que entonces. Monstruo terrorífico, creador de Viet-nams sin fin de guerras sin cuartel, de Otáns y de orientes en perpetuo conflicto; Moloch devorador de sus hijos —como define Ginsberg, en «Aullido», a la

sociedad americana de los años cincuenta—, denunciado por los jóvenes de mochila y barba recia; denuncia que hoy vive todavía, que ahora es válida como entonces.

Los Beatles, el rock de los 60

... eran cuatro jóvenes despiertos de la clase media baja, que se pusieron en contacto con una cultura más viril y exótica. Y, por cierto, menos «aceptable». (2)

El «rock and roll» es un producto híbrido de los Estados Unidos. Un

(2) «Los Beatles, una guía ilustrada», de Ray Carr y Tony Tyler. Editorial Lumen (Barcelona).

«El único de los Beatles que supo doblar bien el cabo de los 70 fue John Lennon, proletarizado e intelectualizado, embarcado en nuevas búsquedas junto a su esposa Yoko Ono.»

intento de blanquear y plastificar las músicas negras, el blues, el jazz, el rythm and blues, amalgamándolos con un «country», que casi no nos ha llegado —a diferencia del jazz— a los europeos en su estado puro hasta que hubiera pasado por completo su interés, y con otras formas de música blanca, y adaptándolos a las necesidades de una mayoría juvenil blanca, que se revela como consumidora de productos industriales —discos—, y, por lo tanto, como necesitada de un producto propio que consumir. Nacen los Presley, los Bill Haley, Gene Vincent, Jerry Lee Lewis: continuadores todos de una tradición musical que estaba ahí, y creadores de un estilo nuevo de contar las cosas, de un mensaje nuevo: historias de amor con genuino sabor americano, sábado por la noche en el coche de papá, puestos de ham-



LOS BEATLES

burguesas y cines al aire libre, donde vas a magrearte con la novia o el novio de turno. Tupés agresivos —hay que ser diferente de los otros, pero igual a los de tu pandilla, o a los de tu colegio, porque tienes que ser aceptado por ellos— y zapatos de ante azul que, como dice la canción cantada por Presley, no se pueden pisar, porque es lo peor que se le puede hacer a un joven americano de los 50: romper su imagen.

La música de rock, americana, llega a Inglaterra, con Gene Vincent y otros, a finales de los 50, y allí se crea una amalgama de la que surgirán todos los movimientos musicales rock y pop desde entonces hasta ahora —y han pasado veinte años—: los rockeros americanos pegan muy bien en un país devastado por la guerra mundial, perdido su imperio colonial, pero que aún conserva su cultura propia, un orgullo individualista característico. Empieza a interesar a los intelectuales, aunque éstos se sienten más identificados con el jazz; pero prende, sobre todo, en los jóvenes de la clase media baja, que encuentran en las posturas físicamente agresivas, abiertamente sexuales, de los cantantes americanos, un código de lenguaje corporal que responde a su propio sentimiento de insatisfacción —y, por lo tanto, de desafío y de lucha— frente al mundo en que les ha tocado vivir. Son la generación «que no ha hecho la guerra», como dicen sus mayores, pero sufre sus consecuencias. Así, lo que surgió en América como un fenómeno puramente industrial, se convertirá en Europa en una forma de expresión de rebeldía. Y se refinará: los grupos ingleses —incluidos los Beatles, pero no sólo ellos, y no sobre todo ellos, en sus principios— tienen otras raíces culturales y musicales a las que se refieren: el «music-hall», las bandas callejeras de «skiffle», el folklore de su país. Y lo adaptan al rock, y se vierten en él mil y una expresiones musicales diferentes, que volverán luego —es inevitable— a América, y serán allí transformadas de nuevo.

Los Beatles empiezan su carrera discográfica en 1962. Son ya un grupo formado, curtido en actuaciones desde algunos años antes, como adolescentes típicamente rockeros —zamarras de cuero, patillas, tupé—; imagen que abandonan rápidamente, por consejo de su manager, Brian Epstein, para tomar otra quizá más extravagante en su momento: trajes oscuros, botines, y un curioso —para el momento— flequillo, que les llega hasta las cejas. Así, con esa pinta, los

chicos de los barrios obreros de Liverpool graban su primer disco con EMI. Es el éxito inmediato; su disco «Please, Please Me» es número uno en las listas inglesas de éxitos en 1963. Son, entonces, unos chicos limpios. Un cura, el reverendo Michael Grierly, llegará a decir de ellos: «Los Beatles representan un entretenimiento bueno, limpio y deleitable. A los jóvenes les gustan. No hay nada que podamos hacer al respecto. Una crítica innecesaria y desde arriba no haría ningún bien, sino que reforzaría el conocido argumento: ustedes no entienden.» En este mismo elogio moralista, va implícita la reticencia: se acepta, en Inglaterra, a los Beatles, como lo mejor de lo peor, con miedo a que, si no «los jóvenes» —esa entidad siempre definida, hasta entonces, por otros— se vuelvan hacia cosas peores, y digan: «Ustedes no entienden.»

En el año 64, los Beatles saltan a América —algo necesario para cualquier grupo rockero: ser aceptado en el lugar de origen del rock—. Tocan en el Carnegie Hall, y es el delirio. La llamada «Beatlemania», empieza: las jovencitas se desmayan y se desmeleñan, y los jovencitos, celosos, tienen que adoptar el estilo beatle, si es que quieren comerse una rosca.

En 1964, hacen su primera película «A Hard Day's Night». La dirige un americano afincado en Inglaterra, Richard Lester, dotado de un sentido del humor tan peculiar como el de los propios Beatles, y de una inmensa cultura cinematográfica: la película está llena de gags beatlesianos, pero también de guiños de ojo al espectador culto, de referencias al cine considerado «serio»; en fin, es un juego, un cachondeo fecundo, que creará escuela y marcará con mucho el cine actual.

Y, en 1965, Los Beatles son condecorados por «servicios a la exportación». Ya son un producto comercial aceptado, y ya se inicia la moda inglesa en el mundo. El país que se había hundido en la miseria con la guerra, renace con el rock. Nace el «swinging London», Carnaby Street y todo lo demás. Todo, gracias a los Beatles —y a los Rollings Stones, y a los Kinks, y a los Who...—, que vende su música y su imagen a los jóvenes del mundo entero.

Acido, Vietnam y todo lo demás

Una historia, paso a paso, de la vida de los Beatles y sus andanzas,

ocuparía muchísimas páginas, o bien habría de reducirse a una especie de prontuario sin demasiado interés. Lo que en realidad interesa es el cómo y el porqué estos señores se convirtieron, en un momento, en portavoces de toda una generación. El porqué está claro: como verdaderos intelectuales y artistas que eran, supieron —colectivamente; no me voy a meter ahora en quién dominaba o no el grupo, entre otras muchas razones, porque no lo sé— pulsar el momento, y responder a las graves preocupaciones de su gente. Además, parece ser que su encuentro con Bob Dylan, cantante beat —de beatnik— americano, autodenominado sucesor de Woody Guthrie, protestón en sus canciones contra la forma de vida americana, y contra la ya iniciada guerra del Vietnam, tuvo gran importancia: Dylan se electrizó, y Beatles, que hasta ese momento se habían limitado a cantar canciones de amor más o menos banales, más o menos convencionales, descubrieron que también se podía hacer literatura sin dejar de hacer música popular: la vena surrealista de John Lennon —que ya había publicado dos libros, «John Lennon in His Own Writings», y «A Spaniard in the Works», ácidamente satíricos, llenos de juegos de palabras, intraducibles y deliciosos— empezó a desbocarse en 1966, con la publicación de su canción «Nowhere Man», y quedó ya patente en el álbum «Rubber Soul», que debe considerarse como un inicio de evolución de su estilo, tanto en música como en letras. Y en imagen: ya empezaban a dejar de ser pulcros, ya empezaban a dejar de ser buenos chicos. Y el público tenía que seguir tragando, el público adusto y oficial, quiero decir, porque seguían vendiendo y seguían siendo importantes.

Pero es en el álbum «Revolver» donde se muestran ya agresivos y maduros. «Revolver» es un álbum de experimentos, de magia en sus palabras y en su música: Harrison empieza a hacer esfuerzos —pobres, es cierto— por tocar el sitar, y los jóvenes que han descubierto el encanto de las civilizaciones orientales, el yoga y el I-Ching, a través de los poetas beat, se sienten identificados ahí. Y las misteriosas palabras de John Lennon, a lo largo de todo el disco, hacen pensar en esas drogas llamadas «expansoras de la mente»: son lo suficientemente evasivas, alusivas a todo y a nada, como para permitir a quien las escucha, bajo una cierta dosis de alucinógenos, pensar que se están refiriendo precisamente a él mismo, a sus circunstancias del momento.



Los Beatles, en la película «Help!»: «En 1965 son condecorados por 'servicios a la exportación': son ya un producto comercial aceptado.»

Una historia de amor con el futuro

A pesar de su disolución, a pesar de lo poco que pueda gustarnos, vista desde hoy, su música, es evidente que fue muy importante. Los artistas no suelen ser conscientes de lo que hacen, ni de su importancia, cuando lo están haciendo; así, estos cuatro señores de Liverpool sólo querían ganar mucho dinero, y durar —según sus declaraciones— «unos cinco años» como grupo. Como grupo, duraron el doble; y mucho más que durarán, pues inventaron el futuro.

A veinte años de su aparición, a diez de su desaparición, podemos ver con cierta objetividad lo que han significado para la música pop de nuestros días. Y descubrimos que lo han hecho todo: han convertido el rock en un producto sofisticado, donde se pueden utilizar el sitar y el cuerno de caza, las orquestas de 40 profesores y los instrumentos de percusión africanos. De todo esto se ha usado y se ha abusado después, como se ha usado y abusado de las letras complicadas, del jocoso surrealismo de John Lennon, etcétera. Pero no podemos echarles en cara solamente los abusos, sino también los usos. Y pensar que, sin ellos —y sin los demás conjuntos ingleses de los 60— no hubieran sido posibles fenómenos como el «glam rock», de Bowie y otros; y sin su sentido de los negocios, del rock como industria, no hubiéramos tenido el último fenómeno auténtico de la década de los 70, el punk, inventado por Malcom McLaren, que creó a «Sex Pistols» basándose en las mismas, o muy parecidas, pautas que habían servido a Brian Epstein para inventarse a los Beatles quince años, más o menos, antes.

Resulta ingenuo, y hasta un poco peligroso pensar que el rock, o cualquier tipo de música popular, pueda servir como arma revolucionaria. Lo que sí es cierto, es que la música popular de los años 60, con los Beatles a la cabeza, ha servido de lenguaje común a toda una generación en discordia, en revuelta. ¿Que ha resultado asimilado por una industria consumista? Pues claro; todo lo es. Y ahí, en esa industria precisamente, están sus principios; pero también es cierto que, en los sesenta, se supo utilizar a tal industria contra sí misma, hacerla difundir —vencermensajes de revuelta. Y eso es importante. Lo sigue siendo. ■ E.H.I.

Ahora bien, el reconocimiento mundial por parte de la crítica «seria» no viene hasta 1967, con la publicación del álbum «Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band». Se trata de un disco «psicodélico». Los Beatles adoptan el estilo multicolor de los «flower children», abandonan definitivamente su postura de niños buenos. La portada es un collage, donde aparecen los héroes culturales de los jóvenes de la época: Dylan, Alistair Crowley —el archimago que, ya en los años 20, experimentaba con drogas, como formas de placer y de conocimiento—, Oscar Wilde, Mae West: toda una cultura basada en la soberbia, el desafío, la búsqueda de nuevas experiencias de vida y de nuevos caminos.

Musicalmente hablando, se puede criticar el disco: se puede decir que está pasado de moda, que es antiguo, que resulta hasta tonto escucharlo ahora. Sin embargo, fue muy importante en su momento: coincidió con el hippismo, con la postura de agresiva rebeldía multicolor que caracterizó la segunda mitad de los 60. Encarnaba los valores de su tiempo con tanta fuerza, que el propio Timothy Leary —pope del ácido lisérgico— declaró a los Beatles «santos» y «evangelistas», y Allen Ginsberg consideró sus cánticos como mantras.

Los Beatles se convirtieron al hinduismo, promocionaron a ese simpático pilló oriental que se hace llamar Maharishi Mahesh Yogui, declararon en público que fumaban marihuana y tomaban ácido... Una vez más, como en sus inicios, estaban de acuerdo con su público...

Final

«A decir verdad, Nos no estamos en condiciones para apreciar vuestras

expresiones artísticas ni para evaluar las formas estéticas con la que se expresa vuestra personalidad. Pero Nos detentamos algunos de los valores secretos que vosotros buscáis... Dios no es ajeno a esta búsqueda. (El Papa —el de entonces; el Papa es siempre el mismo— hablando, en 1971, a unos artistas pop.)

Los Beatles no supieron, sin embargo, doblar bien el cabo de los 70. Se acabaron las flores en 1968 y fueron sustituidas por cócteles Molotov y barricadas. El único que supo ser susceptible a ese cambio fue John Lennon, proletariado e intelectualizado, embarcado en nuevas búsquedas artísticas, junto a su esposa, Yoko Ono, importante artista conceptual japonesa. Los demás fueron cada uno por su lado: Harrison, cada vez más hinduista; McCartney, en busca de una nueva imagen de la música popular, más cercano a la revista que al rock, con su grupo «Wings»; y Ringo Starr, el incomparable batería, no vale para cantante, y explota su éxito de ex-Beatle, haciendo películas y cosas bastante mediocres.

La historia de los Beatles concluyó en 1970, con la década. Durante muchos años se ha venido especulando sobre si el grupo volvería a unirse o no; había esperanzas. Esperanzas vanas, porque los Beatles ya no son una realidad, sino que pertenecen a la historia. La bala que acabó con John Lennon sirvió para matar a un individuo; a un individuo valioso, importante, interesante, y que hubiera podido seguir trabajando por su cuenta, como lo hizo desde su separación del grupo. Pero «The Beatles», el conjunto de chicos de Liverpool que orquestó los prodigiosos fenómenos socioculturales de los años 60, murió con su década. Y dejó paso a otras cosas.